

Reseña bibliográfica: Rein, Raanan y Panella, Claudio (comps.), *La segunda línea. Liderazgo peronista 1945-1955*, Pueblo Heredero/EDUNTREF, Buenos Aires, 2014, 359 pp.

Palabras claves: Peronismo – Liderazgo – Segundas Líneas

Keywords: Peronism – Leadership – Second Lines

La compilación dirigida por Raanan Rein y Claudio Panella conforma un libro muy innovador, que profundiza una temática abierta hace pocos años en un trabajo pionero del propio R. Rein:¹ las segundas líneas del liderazgo peronista. Con este término se refiere a todos aquellos hombres y mujeres que participaron del gobierno peronista y actuaron como intermediarios entre el líder y el pueblo, siendo ellos no un resultado del éxito del peronismo, sino que más bien contribuyeron a él. La literatura sobre peronismo trató extensivamente las figuras de Perón y Evita, pero mucho menos las segundas líneas del liderazgo. Este campo insuficientemente estudiado es cada vez más visitado y este libro es una de las expresiones más acabadas de este giro analítico, del que resulta como una de las principales conclusiones que no puede sostenerse que el peronismo haya sido un bloque monolítico y sin fisuras, manejado por un líder omnipotente.

Para este trabajo fueron convocados distintos y reconocidos estudiosos de las ciencias sociales, que investigan sobre un total de dieciséis figuras de las segundas líneas, con distintos orígenes y acciones, como aquí mostraremos. Se valen de fuentes variadas, tales como diarios locales, nacionales y extranjeros, memorias de los propios protagonistas y sus contemporáneos y de la literatura que estudió desde distintos ángulos a estos personajes.

En “Carlos V. Aloé. Lealtad y administración” (pp. 11-28), Claudio Panella escribe sobre el mayor Aloé, electo gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1951 con el 61,5% de los votos. Una vez en el cargo, una de sus mayores preocupaciones consistió en desprestigiar a su antecesor, el coronel Mercante: denunció gastos pendientes de pago, derroche de fondos públicos e irregularidades en la administración. Esto sucedió en el contexto de la persecución política que realizó el propio peronismo a Mercante,

¹ REIN, R., “La segunda línea del liderazgo peronista: una revisión de la conceptualización del populismo” (pp. 24-55), en R. REIN, *Peronismo, populismo y política. Argentina 1943-1955*, Buenos Aires. 1998.

como se verá en el capítulo donde se analiza su figura. Según Panella, hasta el momento la literatura histórica ofreció un balance negativo de la administración de Aloé, acusándolo de obsecuencia a Perón y Evita, y saliendo perdedor en una comparación personal y de gestión con Mercante.

En “Ángel G. Borlenghi. Un soldado socialista en la lucha justicialista” (pp. 29-50), R. Rein analiza la actuación del ministro del interior Borlenghi. Aunque en sus orígenes fue un líder sindical de extracción socialista, apoyó a Perón en la Secretaría de Trabajo, quien al llegar a la presidencia, lo nombró ministro del interior. Allí, su misión inicial consistió en diluir al Partido Laborista e incorporarlo al Partido Único de la Revolución Nacional, luego renombrado Partido Peronista. Entre otra de sus actividades centrales se contó la captación de activistas socialistas hacia el peronismo, obteniendo cierto éxito. Tras el intento golpista de junio de 1955, Borlenghi se vio forzado a presentar su renuncia, ya que se lo vinculaba como uno de los artífices del conflicto entre el gobierno contra la Iglesia Católica y los partidos políticos.

También de autoría de R. Rein, “Juan A. Bramuglia. El heredero que nunca fue” (pp. 51-76), explora la carrera de Bramuglia. Se desempeñó como asesor de sindicatos ferroviarios durante los años '30 y, pese a ser socialista, en 1944 acompañó a Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión ya que veía en él la oportunidad de conseguir mejoras reales para los trabajadores. En 1946 fue nombrado ministro de relaciones exteriores, desde donde cosechó tantos éxitos que se lo empezó a considerar como posible heredero de Perón, lo que le granjeó fuertes enemigos dentro del peronismo. Esto, sumado a su inocultable enemistad con Evita, lo obligó a renunciar a su cargo en 1949.

“Héctor J. Cámpora. De la lealtad al exilio” (pp. 77-94), escrito por Jorge Bernetti, trata sobre este personaje, más estudiado por la historiografía del período post 1955 que por aquella dedicada a los años del primer peronismo. Cámpora fue diputado nacional por Buenos Aires desde 1946, teniendo un rol central en los inicios del Partido Peronista. A su vez formó parte del círculo íntimo de Evita, por lo que a su muerte fue desplazado del elenco nacional más prominente, al igual que muchas de las figuras del evitismo. Su última actuación política en este período fue como interventor partidario en la Capital Federal.

En “Ramón Carrillo. Neurocirujano, político y héroe” (pp. 95-114), Karina Ramacciotti estudia la trayectoria de este médico devenido político y primer ministro de salud de la Argentina. Conoció a Perón en los años '30 trabajando en el Hospital Militar Central, donde era jefe de servicio. Una vez en la presidencia, Perón lo nombra al frente de la recientemente creada Secretaría de Salud Pública. El período 1946-1949 fue el más prolífico en construcción de hospitales, campañas de divulgación sanitaria y organización burocrática de la cartera de salud. Así, Carrillo alcanzó gran prestigio y un presupuesto aparentemente ilimitado. Pero su gran protagonismo perfilaba su

ocaso; la Fundación Eva Perón y los gremios acapararon cada vez mayor injerencia en la salud pública, en detrimento de la propia Secretaría que pese a que en 1949 fue elevada a Ministerio ocupó un espacio de acción acotado.

El capítulo a cargo de Mario Raneletti se titula “John William Cooke. Un electrón libre en el seno del peronismo” (pp. 115-132). Analiza el recorrido del diputado John Cooke, a quien la mayoría de las veces se lo estudió en su rol durante los años de la resistencia peronista. Hijo de una familia con tradición política en el radicalismo, junto a su padre y otros radicales que apoyaban la candidatura presidencial de Perón, formaron la Unión Cívica Radical-Junta Renovadora. Obtuvo una banca como diputado nacional, desde donde exhibió independencia de criterio frente a los proyectos peronistas. Esto más que tratarse de una rebeldía legislativa, reflejó que su voto se decidía en base a un estudio exhaustivo de las propuestas. A pesar de no formar parte del segundo gobierno de Perón, no quedó al margen de la política nacional, ya que se dedicó a dirigir la revista *De Frente*. Desde allí, no sólo criticó a la oposición sino también a lo que consideraba la burocratización y anquilosamiento del peronismo. En el contexto de polarización política que tiene lugar a comienzos de 1950, fue nombrado interventor partidario en la Capital Federal, donde lo encontrará el golpe de Estado del '55 y luego la cárcel.

Las mujeres también formaron parte de las segundas líneas de liderazgo peronista, tal como demuestra el capítulo de Carolina Barry, “Delia D. Degliuomini de Parodi. El desafío de reemplazar lo irremplazable” (pp. 133-158). Ante el fallecimiento de Evita, a Delia Parodi le tocó la difícil tarea de ejercer –no en los papeles pero sí en la práctica– la presidencia del PPF. El liderazgo de Evita era indelegable, por lo que las tensiones internas dentro del partido fueron muy complicadas de resolver para ella e incluso para Perón, que necesitaba la reorganización del PPF ante la inminencia de nuevas elecciones. Como forma definitiva de reorganizar el partido, Perón creó un Consejo Superior partidario, presidido por Delia Parodi. A partir de eso, la división por ramas del movimiento peronista comenzó a funcionar más taxativamente, de modo que para la campaña electoral de 1954 Delia Parodi acompañaba en los actos al presidente del Partido Peronista, Alberto Teisaire, y al secretario general de la CGT, Juan Vuletich. El éxito se vio reflejado en el abultado triunfo electoral.

Como muestran Santiago Senén González y Fabián Bosoer en “José G. Espejo. Soldado de Evita” (pp. 159-174), el binomio peronismo-CGT se consolidó recién en 1948 cuando José Espejo ocupó la Secretaría General de la CGT. Hasta ese momento él había sido un modesto y poco conocido dirigente gremial, pero en su nuevo puesto muy pronto estrecha relaciones con Evita, quien ya había institucionalizado su accionar en el Ministerio de Trabajo. No sorprende que Espejo adquiriese un rol central en la campaña en favor de Evita como candidata a la vicepresidencia en las elecciones de 1951, llegando a organizar la convocatoria desde la CGT al llamado “Cabildo Abierto”

para tal fin. El fallecimiento de Eva Perón en 1952 dejó a Espejo sin el apoyo de su principal sostén en el gobierno, sufriendo la purga oficial que padecen otros “evitistas” como Miranda. Renuncia (obligadamente) luego del 17 de octubre de ese año y no volvió a tener ninguna intervención política futura.

El trabajo de Patricia Berrotarán, “José Figuerola. El estadígrafo de Perón” (pp. 175-194), da cuenta del ingreso de un experto de la administración al peronismo. J. Figuerola había formado parte del Departamento Nacional del Trabajo durante los años '30 y toma contacto con Perón cuando este se hace cargo de su administración. A partir de 1946 se hace cargo de la Secretaría Técnica, dándole una centralidad vital al relevamiento de información y estadística como base futura del plan de gobierno. Alcanzó gran trascendencia pública al presentar junto a Perón el Plan de Gobierno 1947-1951, donde articulaba la planificación de todas las administraciones nacionales. Sin embargo, en poco tiempo su rol se fue eclipsando, en primer lugar por abocarse al estudio de posibilidades de reforma constitucional desde 1948, y luego por supuestas tensiones con Perón alrededor del artículo 40 de la nueva Carta Magna, sobre la propiedad de los recursos naturales del subsuelo. Para la autora, también parece posible que tuviera enfrentamientos con Mercante y Sampay, lo que redundó en que a la reforma constitucional se le agregara un artículo que impedía a argentinos naturalizados ocupar el puesto de ministro. Como este era el caso de Figuerola, se vio obligado a renunciar en 1949, aunque esto no significara que rompiera con el peronismo ni con Perón.

La trayectoria del fundador de la Central General Económica (CGE), es analizada por James Brennan y Marcelo Rougier en “Jose B. Gelbard. Líder empresarial y emblema de la ‘burguesía nacional’” (pp. 195-214). Su rol principal consistió en la difícil búsqueda de la unidad empresarial en torno al peronismo, un apoyo que era ambivalente en los primeros años. Luego de varios intentos fallidos de asociacionismo, a pedido de Perón, en 1953 se creó la CGE, que tuvo como principal meta organizar y armonizar los intereses del capital y del trabajo. En 1955 tuvo lugar el Consejo de la Productividad y el Bienestar Social, donde debían negociar representantes de la CGE y la CGT. Allí, Gelbard planteó que por la falta de divisas era imposible para las empresas locales aumentar la productividad a través de innovación tecnológica, de modo que apoyó la propuesta del Segundo Plan Quinquenal de inversión extranjera, aunque para el corto plazo proponía atar los aumentos salariales al crecimiento de la productividad laboral por hombre. Los sindicatos se opusieron de lleno a la consigna de aumento de productividad mediante mayor esfuerzo humano, por lo que en definitiva no se llegó a ningún acuerdo entre las partes y a los pocos meses se produjo el golpe de Estado.

Del renombrado gobernador de la provincia de Buenos Aires, se ocupa Claudio Panella en “Domingo A. Mercante. Ascenso y caída del ‘corazón de Perón’” (pp. 215-

242). Amigos desde sus años en el ejército, Mercante acompañó a Perón en los momentos difíciles de la semana de octubre de 1945 y negoció los términos de su triunfo el 17. Desde 1946 formó parte del gobierno de Perón como gobernador de dicha provincia, desde donde comenzó a brillar con luz propia a nivel nacional ocupando simbólicamente el tercer lugar en el movimiento peronista, detrás del de Perón y Evita. En las elecciones convencionales de 1948 devino el candidato más votado presidiendo la convención. Según declaraciones de Perón, él era contrario a la idea de la reelección presidencial, por lo que su sucesor natural parecía ser Mercante. El tratamiento de ese tema en la asamblea constituyente fue el detonante de la lucha silenciosa contra Mercante, quien junto a sus seguidores –según el autor–, es posible que estuviera convencido de ser el sucesor. Finalmente, en la reforma de la Constitución Nacional se introdujo la reelección inmediata, y al presentarse Perón, se cortó cualquier ilusión de sucesión presidencial por parte de Mercante. La correspondiente reforma constitucional en Buenos Aires tampoco contempló la reelección del gobernador, por lo que Mercante ni logró continuar en ese cargo ni tampoco volvió a ocupar ningún otro cargo público. En 1953, incluso, fue expulsado del partido bajo el cargo de “inconducta partidaria”.

Claudio Belini escribe “Miguel Miranda. El mago, la intuición y la breve prosperidad de la economía peronista” (pp. 243-266). Como presidente del Banco Central y del Consejo Económico Nacional, Miranda llevó adelante la política económica de los primeros años del peronismo, siendo su actuación una de las más controvertidas y discutidas. El ascenso de Miranda a la segunda línea de liderazgo más que reflejar el apoyo de los “nuevos industriales” al peronismo, revela las posibilidades que el gobierno ofreció para la renovación de los sectores dirigentes. Durante su gestión se llevaron adelante varias nacionalizaciones y creaciones de sociedades mixtas, se creó el IAPI como organismo monopolizador de los saldos exportables agrarios, y se afianzó el proceso industrializador, acompañado de una amplia redistribución del ingreso. Tuvo además una estrecha relación con Evita. Pero el inicio de la crisis económica fruto de sequías en el campo, la disminución de los precios internacionales de los productos exportables y la escalada inflacionaria hizo que Miranda sea el blanco de las críticas a la orientación económica, por lo que se vio obligado a renunciar al gobierno, exiliándose en Montevideo.

Jeremías Silva analiza la política del sistema penitenciario en “Roberto Pettinato. La política carcelaria entre la dignificación y la represión” (pp. 267-288). Pettinato llegó a la Dirección de Institutos Penales en 1946 luego de desempeñar otros puestos en esa área durante los años '30. Durante su gestión en el peronismo, llevó adelante una serie de medidas que mejoraron las condiciones de los presos, como la supresión del traje a rayas, introducción de actividades recreativas y deportivas, jornadas laborales y múltiples mejoras en las condiciones de vida carcelaria. De esa forma, quería hacer

realidad la “Nueva Argentina”, incluso en las cárceles. Como contrapartida, pese a la política de dignificación de los presos, las cárceles tuvieron cada vez más una función de disciplinamiento para los opositores al gobierno al acentuarse el clima de polarización peronismo-antiperonismo. Un rasgo destacable de la trayectoria de Pettinato es que fue uno de los pocos funcionarios de la segunda línea que se mantuvo en su cargo durante todo el período peronista, lo que se debió a su lealtad a Perón y a Evita, que primaron ante la contradicción entre el uso represivo de las cárceles y su política de dignificación.

El Ministerio de Obras Públicas fue ocupado por una figura que analiza Anahí Ballent en “Juan Pistarini. Soldado, ingeniero, ministro: un constructor de paisajes políticos” (pp. 289-312). Las obras públicas fueron uno de los aspectos más destacados del gobierno peronista, siendo Pistarini el encargado de llevarlas adelante, transformando su ministerio en un creador de postales de la “Nueva Argentina” y un transmisor de ideas políticas a través de imágenes arquitectónicas. No obstante su gran labor, Pistarini se vio acotado en sus funciones por una reforma ministerial que repartía entre otros ministerios tareas antes propias de Obras Públicas. Por motivos desconocidos, en su segunda presidencia Perón no lo mantuvo en su puesto ni en ninguna otra dependencia, lo cual lo llevó a alejarse de la función pública.

Fabián Bosoer presenta a Teisaire, senador, presidente del Partido Peronista y vicepresidente de la Nación, en “Alberto Teisaire. Lealtad y traición en el canon peronista” (pp. 313-338). Es uno de los dirigentes más controvertidos del peronismo, ya que ocupó todos los altos puestos partidarios y nacionales, pero a los pocos días de ocurrir el golpe de Estado de 1955 se presentó ante el nuevo gobierno a realizar una confesión en la que detractaba al gobierno peronista y, especialmente, a Perón. Tuvo un rol central en la formación del Partido Peronista del cual fue presidente, y en 1954 fue elegido vicepresidente de la Nación cubriendo el puesto vacante por la muerte de H. Quijano. Por primera vez en la historia se realizaban elecciones para elegir vicepresidente, en las que triunfó ampliamente el peronismo.

La última de las segundas líneas analizada en esta compilación es Juan Velazco, presentado por María del Mar Solís Carnicer en “Juan F. Velazco. Hombre de la lealtad y puño de acero de la Revolución” (pp. 339-356). Amigo de la juventud de Perón, durante el gobierno de la Revolución de Junio ocupó el puesto de Jefe de la Policía Federal, desde donde tendrá el rol fundamental de peronización de la fuerza y sobre todo tiene un papel destacado el 17 de octubre de 1945, cuando la policía permitió que los trabajadores de los cinturones industriales ingresaran a la ciudad exigiendo la libertad de Perón. Con el triunfo peronista en la elección de 1946 Velazco mantiene su puesto de jefe policial pero en 1947 renuncia por motivos desconocidos, siendo luego nombrado interventor en la provincia de Corrientes, la única provincia en la que el peronismo era oposición. Allí tuvo la difícil tarea de reorganizar el peronismo

correntino y prepararlo para las elecciones de gobernador en 1948, en la que él fue el candidato y obtuvo un amplio triunfo. En 1951 fue elegido Senador Nacional por esa provincia, hasta que falleció en 1954.

Después de haber presentado las coordenadas fundamentales de los capítulos, podemos decir que *La Segunda Línea. Liderazgo peronista 1945-1955* es una obra demandante para el lector pues exige recorrer numerosas historias de vida, de personajes bien diversos. En tal sentido, y dado lo escueto de la introducción, creemos que hubiera sido muy interesante un análisis final a modo de epílogo, que recuperara, por caso, un análisis teórico muy enriquecedor presente en la obra señera de R. Rein:² la distinción entre dos tipos de liderazgo intermedio, uno de tipo representativo, que comprende a los personajes que gozaron de prestigio y reputación por derecho propio, y otro de tipo tecnócrata y funcional, carente de base propia y fuerza real. Asimismo, la organización interna de la compilación, tratando a las figuras por orden alfabético de apellido, sería más enriquecedora teniendo una división, por ejemplo, por esfera de procedencia: fuerzas armadas, partidos políticos, movimiento obrero, mundo empresarial, burocracia estatal, o bien por tipo de liderazgo intermedio como se mencionó antes.

De todos modos, puede concluirse que esta compilación es tan valiosa como original, pues contribuye a la deconstrucción de la mítica omnipotencia de Perón y ofrece una interesante vía de entrada al estudio del peronismo desde el análisis de los hombres y mujeres “detrás del Hombre”, vitales para la conformación y vida del peronismo.

Matías E. Rodas
Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS)
mrodas1945@gmail.com

² REIN, R., “La segunda línea del liderazgo peronista...”, *op. cit.*